

Traicionada

P. C. Cast y Kristin Cast



Traducción de Isabel Blanco González



# 1



—Chica nueva. Mira —advirtió Shaunee mientras se deslizaba en el banco corrido de nuestra mesa en el comedor (traducción: en la cafetería de la escuela).

—Trágico, gemela. Simplemente trágico —respondió Erin con una voz que parecía por completo el eco de la de Shaunee.

Erin y Shaunee tenían una especie de lazo psíquico que las hacía insólitamente similares, razón por la cual las llamábamos las «gemelas», a pesar de que Shaunee tenía la piel del típico color café con leche de una americana de origen jamaicano, nacida en Connecticut, y Erin era una chica blanca de ojos azules y cabello rubio de Oklahoma.

—Por suerte es la compañera de habitación de Sarah Freebird —asintió Damien, haciendo un gesto hacia la chica menudita de cabello negro como el carbón, aspecto de novata y carita de perdida que deambulaba por el comedor. Con su penetrante mirada experta en moda, Damien revisó el atuendo de ambas chicas desde los zapatos hasta los pendientes, y todo con un simple vistazo—. Es evidente que tiene mejor gusto para la moda que su compañera, a pesar del estrés de ser marcada y cambiar de colegio. Quizá pueda ayudar a Sarah con su desafortunada propensión a llevar zapatos horribles.

—Damien —lo reprendió Shaunee—, otra vez estás sacándome de mis...

—...casillas con tu tontería de vocabulario interminable —terminó la frase Erin por ella.

Damien se sorbió la nariz ofendido y con aires de superioridad, con el gesto más gay que hubiera esbozado nunca. Y eso que, sin lugar a dudas, siempre ha sido gay.

—Si no tuvieras un vocabulario tan pésimo, no necesitarías llevar encima un diccionario para estar a mi altura.

Las gemelas fruncieron el ceño sin dejar de mirarlo y suspiraron profundamente, preparándose para el nuevo asalto que, por suerte, interrumpió mi

compañera de dormitorio. Con su marcado acento gangoso de Oklahoma, Stevie Rae soltó dos definiciones como si se tratara de un chivatazo en clase de lengua:

—Propensión: preferencia natural y a menudo intensa. Pésimo: absolutamente terrible. Ya está. ¿Podéis dejar de discutir y ser amables? Es casi la hora de la visita de los padres, y no deberíamos comportarnos como retrasados mentales cuando están a punto de aparecer.

—¡Ah, mierda! —exclamé yo—. Se me había olvidado por completo lo de la visita de los padres.

Damien gruñó y dejó caer la cabeza sobre la mesa, dándose un cabezazo no muy suave y diciendo:

—A mí también se me había olvidado.

Las cuatro lo miramos con simpatía. A los padres de Damien les parecía bien que él hubiera sido marcado, que se hubiera mudado a la Casa de la Noche y que hubiera iniciado un cambio que o bien lo convertiría en un vampiro, o bien lo mataría cuando su cuerpo rechazara la transformación. Pero lo que no les parecía bien era que fuera gay.

Al menos había algo de él que les parecía bien. En cambio mi madre y su actual marido, el perdedor de mi padrastro John Heffer, lo odiaban absolutamente todo de mí.

—Mis viejos no vienen. Vinieron el mes pasado. Este mes están muy ocupados.

—Gemela, con eso se demuestra una vez más lo gemelas que somos —dijo Erin—. Mis viejos me mandaron un *e-mail*. Ellos tampoco vienen «por culpa de un crucero que han decidido hacer por el día de Acción de Gracias a Alaska con mi tía Alane y mi tío Lloyd *el Mentiroso*». O algo así —explicó Erin, encogiéndose de hombros con la misma aparente indiferencia que demostraba Shaunee por la ausencia de sus padres.

—¡Eh, Damien!, quizá tu mamá y tu papá tampoco aparezcan —se apresuró a sugerir Stevie Rae con una sonrisa.

Damien suspiró.

—Vendrán. Este mes es mi cumpleaños. Me traerán regalos.

—Eso no suena tan mal —dije yo—. Necesitas un cuaderno de bocetos, ¿no?

—No me regalarán un cuaderno de bocetos. —Volvió a suspirar él—. El año pasado les pedí un caballete, y me regalaron un equipo para ir de campamento y una suscripción al *Sports Illustrated*.

—¡Puaj! —exclamaron Shaunee y Erin al mismo tiempo, mientras Stevie Rae y yo arrugábamos la nariz y emitíamos sonidos guturales en señal de condolencia.

Ansioso por cambiar de tema de conversación, Damien se giró hacia mí.

—Esta va a ser la primera visita de tus padres. ¿Cómo crees que será?

—Igual que una pesadilla —contesté yo con un suspiro—. Una completa, total y absoluta pesadilla.

—¡Zoey! Se me ha ocurrido venir a presentarte a mi nueva compañera de habitación. Diana, esta es Zoey Redbird, la líder de las Hijas Oscuras.

Feliz de poder evitar el horrible tema de mis padres, alcé la vista y sonreí al oír la voz nerviosa e indecisa de Sarah.

—¡Uau, así que es cierto! —soltó la chica nueva antes de que yo pudiera siquiera decir «hola». Como era ya costumbre en la escuela, me miró la marca de la frente y se puso como un tomate—. Quiero decir... eh... lo siento. No pretendía ofenderte ni nada de eso... —se explicó, dejando que su voz se fuera apagando mientras buscaba dónde meterse.

—No importa. Sí, es cierto. Mi marca está completamente coloreada y con añadidos —dije, sin dejar de sonreír para tratar de hacerla sentirse mejor, aunque odiaba con todas mis fuerzas ser la principal atracción del espectáculo de *frikis*. Otra vez.

Por suerte, Stevie Rae nos interrumpió antes de que la mirada fija de Diana y mi silencio se hicieran aún más incómodos.

—Sí, ese elegante tatuaje en espiral de la cara y de los hombros, que parece de encaje, le salió cuando salvó a su ex novio de unos gilipollas de fantasmas de vampiros que daban terror —comentó Stevie Rae alegremente.

—Eso me ha contado Sarah —contestó Diana dubitativa—, pero suena tan increíble que... bueno, pensé...

—No te lo creíste, ¿no? —preguntó Damien, terminando la frase por ella.

—Justo. Lo siento —repitió Diana, jugueteando nerviosamente con las uñas de los dedos.

—Eh, tranquila —dije yo, esbozando una sonrisa auténticamente sincera—, a veces a mí también me cuesta creerlo, y eso que estaba allí.

—Sí, soltando gritos a diestro y siniestro —añadió Stevie Rae.

Entonces yo la miré con esa expresión que venía a decir «no me estás ayudando mucho», pero ella no hizo ni caso. Sí, puede que algún día yo me convierta en su alta sacerdotisa, pero no por eso voy a ser dueña de mis amigos.

—Bueno, la verdad es que al principio este sitio resulta bastante raro, pero luego la cosa mejora —le dije a la chica nueva.

—Gracias —contestó ella con una sonrisa cálida y agradecida.

—Bien, será mejor que nos vayamos para que pueda enseñarle a Diana dónde se va a dar su quinta clase —dijo Sarah, que inmediatamente me hizo

sentir muy incómoda al ponerse toda seria y formal y saludarme con el gesto tradicional de los vampiros para mostrar respeto, cerrando el puño y llevándose al corazón al tiempo que inclinaba la cabeza.

Finalmente se marchó.

—Detesto que la gente haga eso —musité, bajando la vista y picoteando de mi plato de ensalada.

—Pues a mí me gusta —dijo Stevie Rae.

—Mereces que te demuestren respeto —añadió Damien con su estilo redicho—. Eres la única estudiante de tercero que ha logrado ser nombrada líder de las Hijas Oscuras, y la primera iniciada y vampiro de toda la historia que ha demostrado tener afinidad con los cinco elementos.

—Tienes que hacerte a la idea, Z —dijo Shaunee mientras masticaba la lechuga y me señalaba con el tenedor.

—Eres especial —añadió Erin que, como siempre, terminaba la frase de su gemela.

En la Casa de la Noche, estudiante de tercero era el que cursaba el primer año, estudiante de cuarto el que cursaba el segundo, etc, etc. Y sí, yo era la única estudiante de tercero que había sido nombrada líder de las Hijas Oscuras. ¡Qué suerte la mía!

—Y hablando de las Hijas Oscuras —dijo Shaunee—, ¿has decidido ya cuáles van a ser los nuevos requisitos para hacerse miembro?

Reprimí la necesidad de gritar «¡Dios, todavía no, ni siquiera me creo aún que esté a cargo de esa cosa!» y, en su lugar, en un momento que esperaba que fuera de lucidez mental, sacudí la cabeza con sencillez y decidí trasladar a ellos parte del peso que recaía sobre mis hombros.

—No, aún no sé cuáles deberían ser los nuevos requisitos. En realidad, esperaba que vosotros me ayudarais en eso, chicos. ¿Alguna idea?

Tal y como sospechaba, los cuatro se quedaron mudos. Yo abrí la boca para darles las gracias por su silencio, pero entonces oímos la voz autoritaria de nuestra alta sacerdotisa por los micrófonos de la escuela. Por un segundo me alegré de la interrupción, hasta que me di cuenta de lo que estaba diciendo. Entonces se me encogió el estómago.

—Estudiantes y profesores, por favor, acudid al vestíbulo. Ha llegado la hora de la visita de los padres.

¡Vaya, hay que fastidiarse!

—¡Stevie Rae! ¡Stevie Rae! ¡Ohdiosmío, cuánto te he echado de menos!

—¡Mamá! —gritó Stevie Rae, lanzándose a los brazos de una mujer idéntica a ella, solo que con veinte kilos y veintitantos años más.

Nada más entrar en el vestíbulo, Damien y yo nos quedamos de pie, tímidamente pegados a la pared. El vestíbulo comenzaba a llenarse de padres humanos con aspecto de sentirse incómodos, y también había unas cuantas hermanas humanas, un puñado de estudiantes novatos y bastantes de nuestros profesores vampiros.

—Bueno, allí están mis padres —dijo Damien con un suspiro—. Será mejor que acabe con esto cuanto antes. Hasta luego.

—Hasta luego —musité yo, observándolo acercarse a dos personas perfectamente normales y corrientes que sostenían un regalo envuelto.

Su madre le dio un abrazo rápido y su padre le estrechó la mano con exagerada masculinidad. Damien parecía pálido y nervioso.

Yo me acerqué a la larga mesa vestida con mantel de lino que ocupaba toda una pared. Estaba repleta de queso caro y fuentes de carne, postres, café, té y vino. Llevaba ya un mes en la Casa de la Noche, pero todavía me sorprendía que enseguida sirvieran siempre vino. En parte, una de las razones por las que lo hacen es muy sencilla: la escuela sigue el modelo de las Casas de la Noche europeas. Según parece, en Europa tomar vino en las comidas es como aquí comer con té o con Coca-Cola: vamos, lo natural. La otra razón es genética: los vampiros no se emborrachan. Como mucho, los novatos pueden marearse un poco. Pero eso es con el alcohol. La sangre, por desgracia, es otra historia. Así que, literalmente hablando, aquí el vino es algo habitual, aunque resultaría interesante comprobar cómo iban a reaccionar al verlo unos padres normales y corrientes de Oklahoma.

—¡Mamá!, tienes que conocer a mi compañera de habitación. ¿Recuerdas que te hablé de ella? Esta es Zoey Redbird. Zoey, esta es mi mamá.

—Hola, señora Johnson. Me alegro de conocerla —dije educadamente.

—¡Ah, Zoey! ¡Yo también me alegro mucho de conocerte! ¡Ah, Dios!, tu marca es exactamente tal y como me contó Stevie Rae —dijo la señora Johnson que, para mi sorpresa, me abrazó y añadió en susurros—: Me alegro mucho de que estés cuidando de mi Stevie Rae, estoy preocupada por ella.

Yo la estreché con fuerza y susurré:

—Tranquila, señora Johnson. Stevie Rae es mi mejor amiga.

Sabía que no era en absoluto realista, pero de pronto deseé que mi madre me abrazara y se preocupara por mí exactamente igual que la señora Johnson lo hacía por su hija.

—Mamá, ¿me has traído galletas de chocolate? —preguntó Stevie Rae.

—Sí mi niña, te las he traído, pero acabo de darme cuenta de que me las he dejado en el coche —respondió la madre de Stevie Rae con un acento gangoso idéntico al de su hija—. ¿Por qué no vienes fuera conmigo y me ayudas a traerlas? Esta vez he hecho unas cuantas de más para tus amigos —añadió,

mirándome con una sonrisa—. Tú también puedes venir con nosotras si quieres, Zoey.

—¡Zoey!

Súbitamente oí mi nombre por segunda vez, pronunciado como si fuera el gélido eco de la amable y cariñosa voz de la señora Johnson. Miré por encima del hombro y vi a mi madre y a John, entrando en el vestíbulo. Se me cayó el alma a los pies. Se lo había traído. ¿Por qué diablos no había venido ella sola de modo que, aunque solo fuera por una vez, pudiéramos estar simplemente ella y yo? Pero conocía perfectamente la respuesta a esa pregunta: él jamás se lo permitiría. Y el hecho de que él no se lo permitiera significaba que ella nunca lo haría. Y punto. Fin del tema. Mi madre no había tenido que volver a preocuparse por el dinero desde el momento en que se había casado con John Heffer; vivía en una mansión en una tranquila y elegante zona residencial de las afueras. Se había presentado como voluntaria para trabajar en la PTA, la organización nacional de padres y profesores, y se mostraba muy activa en la iglesia. Pero durante los últimos tres años de matrimonio «perfecto» mi madre se había perdido a sí misma absoluta e irremisiblemente.

—Lo siento, señora Johnson, pero acabo de ver a mis padres, así que será mejor que me marche.

—¡Pero, cariño!, me encantaría conocer a tus padres.

Toda sonriente, la señora Johnson se giró en dirección a ellos para presentarse como si estuviéramos en una fiesta de un instituto normal y corriente.

Stevie Rae me miró. Y yo la miré a ella. «*Lo siento*», articulé muda en su dirección. Quiero decir que no estaba completamente segura de que fuera a suceder algo terrible, pero con el perdedor de mi padrastro acercándose como si fuera un general cargadito de testosterona, liderando la marcha hacia la muerte, me figuré que teníamos bastantes probabilidades de que se produjera una escena de pesadilla.

Pero entonces, de repente, se me salió el corazón del pecho y todo me pareció maravilloso cuando la persona a la que más quiero en este mundo se adelantó a John y abrió los brazos en mi dirección.

—¡Abuelita!

Ella me arrojó en sus brazos, y la dulce fragancia a lavanda que siempre la acompañaba como si llevara consigo un pedazo de su preciosa granja de lavanda fuera adonde fuera, me envolvió.

—¡Oh, Zoeybird! —exclamó, abrazándome con fuerza—. Te he echado de menos, *u-we-tsi-a-ge-hu-tsa*.

Sonreí a pesar de las lágrimas, adorando el sonido de aquella palabra en cheroqui, «hija», tan familiar. Porque significaba seguridad, amor y acepta-

ción incondicional: cosas que no había sentido en mi propia casa durante los últimos tres años, cosas que solo había encontrado en casa de mi abuela hasta el momento de ingresar en la Casa de la Noche.

—Yo también te he echado de menos, abuelita. ¡Me alegro tanto de que hayas venido!

—Usted debe ser la abuelita de Zoey —dijo la señora Johnson cuando por fin nos soltamos la una a la otra—. Estoy muy contenta de conocerla, tiene usted una chica preciosa.

La abuelita sonrió y abrió la boca para responder, pero John las interrumpió con su típico tono de voz desbordante de superioridad.

—Bueno, en realidad es a nuestra chica a quien acaba de alabar.

Por fin, como si aquella fuera una escena de la película *Las mujeres perfectas* y finalmente le hubieran dado la señal de entrar, mi madre metió baza:

—Sí, nosotros somos los padres de Zoey. Soy Linda Heffer. Este es mi marido, John, y esta es mi madre, Sylvia Red...

Entonces, en medio de aquella presentación formal, mi madre se molestó por fin en mirarme y de repente su voz quedó interrumpida a mitad de palabra al atragantarse.

Yo me esforcé por sonreír, pero estaba toda colorada y tensa, y me costaba trabajo. Era como si mi cara fuera de escayola y la hubiera tenido todo el día al sol, de modo que podía romperse en mil pedazos si no me andaba con cuidado.

—Hola, *mami*.

—¡Por el amor de Dios!, ¿qué te has hecho ahora en esa marca?

Mi madre había entonado la palabra «marca» igual que si hubiera dicho «cáncer» o «pedofilia».

—Le salvó la vida a un joven y descubrió el don divino de la afinidad con los elementos. A cambio, Nyx le ha concedido varias marcas poco frecuentes en un iniciado —explicó Neferet con su voz suave y musical, introduciéndose en medio de nuestro extraño grupo y alargando la mano directamente hacia el perdedor de mi padrastro.

Neferet era lo que la mayoría de los vampiros: una persona despampanante, perfecta. Era alta, con el cabello largo y ondulado de un castaño otoñal oscuro y brillante, y ojos almendrados de un color verde musgo poco frecuente. Se movía con una gracia y una seguridad muy poco humanas sin lugar a dudas, y su piel era tan espectacular que parecía como si alguien hubiera encendido la luz en su interior. Ese día llevaba un lustroso traje de chaqueta de seda azul marino y unos pendientes en forma de espiral que simbolizaban el camino de la Diosa. Pero eso, por supuesto, la mayoría de los



padres no lo sabían. Llevaba la silueta de la Diosa con los brazos alzados bordada con hilo de plata sobre el pecho izquierdo, exactamente igual que el resto de profesores. Su sonrisa era deslumbrante.

—Señor Heffer, soy Neferet, alta sacerdotisa de la Casa de la Noche, aunque puede que le resulte más sencillo pensar en mí como en la directora de un instituto normal y corriente. Le agradezco que haya venido en la noche de visita de los padres.

Mi padrastro le estrechó la mano de forma automática. Estoy segura de que la habría rechazado de no haberlo pillado por sorpresa. Luego ella se volvió rápidamente hacia mi madre.

—Señora Heffer, es un placer conocer a la madre de Zoey. Estamos encantados de que se haya unido a la Casa de la Noche.

—Bueno, eh... gracias —dijo mi madre que, evidentemente, se había quedado por completo desarmada ante la belleza y el encanto de Neferet.

Cuando por fin Neferet saludó a mi abuela, su sonrisa se amplió y su conversación se hizo algo más que simplemente cortés. Enseguida noté que se estrechaban la mano al estilo del saludo tradicional de los vampiros, agarrándose del antebrazo la una a la otra.

—Sylvia Redbird, siempre es un placer volver a verte.

—Neferet, mi corazón también se alegra de verte y te doy las gracias por hacer honor a tu promesa y cuidar de mi nieta.

—Cumplir esa promesa no es ninguna carga, Zoey es una chica realmente especial —contestó Neferet, sonriendo cálidamente y dirigiéndome también a mí una mirada. Luego se giró hacia Stevie Rae y su madre y añadió—: Y esta es la compañera de habitación de Zoey, Stevie Rae Johnson, y su madre. He oído decir que son prácticamente inseparables, y que incluso el gato de Zoey se ha encariñado con Stevie Rae.

—Sí, es cierto. De hecho anoche se sentó en mi regazo para ver la televisión —comentó Stevie Rae medio riendo—. Y eso que a *Nala* no le gusta nadie excepto Zoey.

—¿Gato? No recuerdo que nadie le haya dado permiso a Zoey para tener un gato —dijo John, produciéndome arcadas instantáneamente.

¡Como si alguien se hubiera molestado en llamarme por teléfono para hablar conmigo durante todo el mes, a excepción de la abuela!

—Creo que ha habido un malentendido, señor Heffer. Aquí, en la Casa de la Noche, los gatos viven en libertad. Son ellos los que eligen a sus dueños, no al revés. Zoey no necesitaba ningún permiso de nadie cuando *Nala* decidió escogerla —explicó Neferet con naturalidad.

John soltó un bufido, pero por suerte nadie le hizo caso. ¡Mira que es gilipollas!

—¿Me permiten que les ofrezca algo de beber? —preguntó entonces Neferet, haciendo un elegante gesto hacia la mesa.

—¡Mecachis! Eso me recuerda que me he dejado las galletas en el coche. Stevie Rae y yo íbamos a salir a recogerlas. Ha sido un placer conocerlos a todos.

La madre de Stevie Rae me dio un abrazo rápido y saludó con la mano a los demás, y luego ella y su hija escaparon de allí, dejándome sola. Ojalá hubiera podido estar en cualquier otro sitio.

Me quedé junto a mi abuela, entrelazando los dedos con los de ella mientras nos acercábamos a la mesa del bufé. Pensaba en lo fácil que habría sido todo si hubiera venido a verme ella sola. Entonces lancé una mirada furtiva a mi madre. En su rostro parecía haberse dibujado permanentemente un gesto de mal humor. Miraba a su alrededor hacia el resto de estudiantes, pero apenas me dirigía la vista a mí. ¿Por qué daba siempre la sensación de que ella se preocupaba de hecho por mí, como si de verdad pudiera echarme de menos, y sin embargo luego demostraba a las claras que no era así?

—¿Vino, Sylvia?, ¿señor y señora Heffer? —ofreció Neferet.

—Sí, gracias. Tinto —contestó la abuela.

Los labios apretados de John pusieron de relieve su desaprobación.

—No, nosotros no bebemos.

Hice un esfuerzo sobrehumano por no girar los ojos en sus órbitas. ¿Desde cuándo no bebían? Apostaría los últimos cincuenta dólares de mi cuenta a que había un *pack* de seis latas de cerveza en la nevera de casa en ese preciso momento. Y mi madre solía beber vino tinto exactamente igual que la abuela. Incluso la pillé lanzándole una rápida miradita teñida de envidia mientras la abuela daba un sorbo del oloroso vino que Neferet le había servido. Pero no, ellos no bebían. En público, claro. ¡Hipócritas!

—Entonces, ¿dices que le han salido marcas nuevas porque ha hecho algo especial? —preguntó la abuela, apretándome la mano—. Me contó que había sido nombrada líder de las Hijas Oscuras, pero no me dijo exactamente qué había ocurrido.

Volví a ponerme nerviosa. No me apetecía en absoluto enfrentarme a la escena que se produciría si mi madre y John descubrían lo que había pasado realmente: que la ex líder de las Hijas Oscuras había trazado un círculo durante la noche de Halloween (conocida en la Casa de la Noche como la noche de Samhain, la noche en la que el velo entre nuestro mundo y el de los espíritus es más delgado), para conjurar a los espíritus de vampiros tenebrosos y, finalmente, perder el control justo cuando mi ex novio humano, Heath, venía tambaleándose a buscarme. Y mucho menos quería que nadie mencionara jamás lo que solo un par de personas sabían: que

Heath me estaba buscando porque yo había probado su sangre y él estaba desarrollando rápidamente una conexión conmigo, algo que les ocurre con facilidad a los humanos cuando se relacionan con vampiros incluso aunque solo sean iniciados. Así que entonces la líder de las Hijas Oscuras, Aphrodite, había perdido por completo el control sobre los fantasmas, que parecían dispuestos a comerse a Heath. Literalmente. O peor aún: parecían a punto de soltarnos también una dentellada al resto de nosotros, incluyendo al increíblemente sexi Erik Night, el chico vampiro que definitivamente os puedo asegurar que no es mi ex novio y con quien he estado saliendo más o menos durante este mes hasta convertirse en mi casi novio. Bueno, el caso es que tenía que hacer algo, así que con la ayuda de Stevie Rae, Damien y las gemelas entré en el círculo y extraje el poder de los cinco elementos: viento, fuego, agua, tierra y espíritu. Y utilizando mi afinidad con esos elementos conseguí devolver a los fantasmas a donde quiera que vivan (o que no vivan, no sé). Y en cuanto se fueron, me salieron los nuevos tatuajes: una colección de espirales de color azul zafiro que parecen de encaje y que enmarcan mi rostro (y que nadie ha oído nunca que haya tenido un simple iniciado), que se continúan, intercalados con otros símbolos en forma de runas, por los hombros (cosa que ningún iniciado ni vampiro ha tenido jamás). Entonces todo el mundo se dio cuenta de la clase de gilipollas de líder que era Aphrodite, y Neferet tuvo que echarla y ponerme a mí en su lugar. Y a consecuencia de eso, ahora me entreno para ser una alta sacerdotisa de Nyx, la diosa vampira, que es la Noche personificada.

Y nada de todo eso puede parecerles bien ni a mi madre, ni al ultrarreligioso y estrecho de miras John.

—Bueno, tuvimos un pequeño accidente, pero Zoey tomó una decisión rápida y valiente, y se aseguró de que nadie saliera herido, y al mismo tiempo conectó con una afinidad especial que se le ha concedido para extraer de ella la energía de los cinco elementos—explicó Neferet con una sonrisa orgullosa. Una ola de felicidad me embargó ante su aprobación—. El tatuaje es simplemente un signo externo del favor que le concede la Diosa.

—Lo que está usted diciendo es una blasfemia —dijo John con una voz tensa que sonó al mismo tiempo condescendiente y airada—. Está usted poniendo en peligro su alma mortal.

Neferet dirigió su mirada verde musgo hacia él. No estaba enfadada. En realidad, parecía más bien divertida.

—Usted debe ser un patriarca de las gentes de fe.

—Es cierto, sí, lo soy —respondió él, hinchando el pecho.

—Entonces lo mejor será que lleguemos cuanto antes a un entendimiento, señor Heffer. Jamás se me ocurriría entrar en su casa o en su iglesia para

poner en entredicho sus creencias, aunque estoy profundamente en desacuerdo con ellas. Tampoco espero que rinda usted culto a la misma Diosa que yo. De hecho, nunca pretendería convencerlo de nada por fuerte que sea mi compromiso. Así que lo único que le pido es que me muestre la misma cortesía que le he demostrado yo. Cuando esté en mi casa, respete usted mis creencias.

Los ojos de John se habían convertido en dos simples rendijas. Podía ver su mandíbula tensándose más y más.

—Su forma de vida es pecaminosa y errónea —afirmó él con rotundidad.

—Eso lo dice un hombre que venera a un Dios que envilece el placer, relega a la mujer al papel de poco más que sirvienta y paridora, a pesar de ser la columna vertebral de su Iglesia, y busca por todos los medios el control de sus feligreses a través de la culpa y el miedo. —Neferet soltó una risa sutil, pero su rostro no expresaba ningún humor y la advertencia implícita en sus palabras me puso la carne de gallina—. Tenga cuidado a la hora de juzgar a los demás; puede que deba limpiar primero su propia casa.

John se estaba poniendo colorado. Inspiró con fuerza y abrió la boca, sin duda para soltar un horroroso sermón acerca de lo correctas que eran sus creencias y lo erróneas que eran las de los demás, pero, antes de que pudiera responder, Neferet lo interrumpió. No levantó la voz, pero de pronto emanaba de ella todo el poder de una alta sacerdotisa y yo me eché a temblar, a pesar de que su ira no iba dirigida contra mí.

—Tiene usted dos opciones. Puede venir a visitar la Casa de la Noche como invitado, lo que significa que respetará nuestras tradiciones y se guardará sus juicios y su desagrado para sí, o puede marcharse para no volver. Nunca más. Decídase ya.

Las dos últimas palabras me llegaron de tal modo al alma, que tuve que esforzarme para no echarme a temblar. Noté entonces que mi madre se había quedado mirando a Neferet con los ojos vidriosos y abiertos como platos: tenía la cara más blanca que la leche. John, en cambio, estaba completamente colorado. Tenía los ojos casi cerrados y las mejillas encendidas de un rojo muy poco atractivo.

—¡Linda, vámonos! —dijo él entre dientes. Entonces me miró con tal antipatía y odio, que literalmente di un paso atrás. Quiero decir que yo ya sabía que no le gustaba, pero hasta ese momento no me di cuenta de hasta qué punto—. Este sitio es exactamente el lugar que te mereces. Tu madre y yo no vamos a volver. ¡Te quedas aquí sola!

Él se dio la vuelta y echó a caminar hacia la puerta. Mi madre vaciló, y por un segundo creí que iba a decirme algo agradable como, por ejemplo, que

sentía mucho lo que él había dicho, que me echaba de menos o que no me preocupara, que ella volvería dijera él lo que dijera.

—Zoey, no puedo creer el lío en el que te has metido esta vez —dijo mi madre en cambio.

Luego sacudió la cabeza y, como siempre, siguió a John y abandonó el vestíbulo.

—¡Oh, cariño, lo siento! —exclamó la abuela, abrazándome al instante y susurrándome—: Volveré, pequeño pajarito, te lo prometo. ¡Estoy tan orgullosa de ti! —dijo, sujetándome por los hombros y sonriendo con los ojos llenos de lágrimas—. Y nuestros ancestros cheroquis también están orgullosos de ti, lo intuyo. Has sido elegida por la Diosa, y cuentas con la lealtad de buenos amigos. Y con profesores inteligentes —añadió, alzando la vista hacia Neferet—. Quizás algún día puedas perdonar a tu madre, pero hasta entonces recuerda que eres mi hijita del corazón, *u-we-tsi-a-ge-hu-tsa* —afirmó, dándome un beso—. Yo también tengo que marcharme. He venido hasta aquí en tu coche, pero quiero dejártelo para ti, así que tengo que volver con ellos. Pero recuerda siempre que te quiero, Zoeybird —terminó la abuela, tendiéndome las llaves de mi antiguo Escarabajo.

—Yo también te quiero, abuelita.

Le devolví el beso y la abracé con fuerza, inhalando profundamente su esencia como si pudiera retenerla en los pulmones y exhalarla poco a poco durante el resto del mes, mientras la echaba de menos.

—Adiós, cariño. Llámame en cuanto puedas.

Mi abuela volvió a besarme y se marchó.

Yo la observé sin darme cuenta de que estaba llorando hasta que sentí las lágrimas resbalar por mi rostro hasta el cuello. En realidad incluso me olvidé de Neferet, que seguía de pie a mi lado, de modo que me sobresalté un poco cuando ella me tendió un pañuelo.

—Siento mucho lo ocurrido, Zoey —dijo Neferet en voz baja.

—Yo no —contesté yo, sonándome la nariz y limpiándome la cara antes de girarme hacia ella—. Gracias por hacerle frente.

—No pretendía alejar también a tu madre.

—No has sido tú. Ella ha elegido seguirlo a él. Lleva tres años haciéndolo —dije, notando que más lágrimas ardientes inundaban mis ojos y apresurándome a seguir hablando para tratar de retenerlas—. Antes ella era diferente. Es una tontería, ya lo sé, pero seguía esperando que volviera a ser la de antes. Pero eso no va a ocurrir jamás. Es como si él hubiera matado a mi madre y hubiera metido a una extraña en su cuerpo.

Neferet puso un brazo alrededor de mis hombros y dijo:

—Me gusta lo que ha dicho tu abuela, que quizás algún día consigas perdonar a tu madre.

Yo me quedé mirando la puerta por la que habían desaparecido los tres y contesté:

—Ese día aún está muy lejos.

Neferet me apretó los hombros, tratando de consolarme.

Yo alcé la vista hacia ella, feliz de que estuviera conmigo, y deseé una vez más, como lo había deseado miles de veces, que ella fuera mi madre. Entonces recordé lo que me había dicho hacía casi un mes: que su madre había muerto cuando ella era muy pequeña, y que su padre había abusado de ella física y psíquicamente hasta que fue marcada.

—¿Perdonaste tú alguna vez a tu padre? —me atreví a preguntar, vacilante.

Neferet bajó la vista hacia mí y parpadeó varias veces como si regresara de un lugar muy lejano, entre los recuerdos.

—No, nunca lo perdoné, pero ahora, cuando pienso en él, es como si recordara la vida de otra persona. Las cosas que me hizo se las hizo a una niña humana, no a una alta sacerdotisa o a una vampira. Y para una alta sacerdotisa y una vampira, él es un ser absolutamente indiferente igual que casi todo el resto de los humanos.

El juicio había sonado confiado y duro, pero al observar las profundidades de sus preciosos ojos verdes vi un atisbo de algo pasado, doloroso y sin duda no olvidado, y me pregunté hasta qué punto Neferet era sincera consigo misma.





Me sentí inmensamente aliviada cuando Neferet me dijo que no había ninguna razón para que me quedara en el vestíbulo. Tras aquella escena con mi familia sentía como si todo el mundo me observara. Después de todo, yo era la chica de la marca *friki* y, desde ese momento, también la chica de la familia de pesadilla. Así que salí del vestíbulo por el camino más rápido: por el precioso y pequeño patio al que dan las ventanas del comedor.

Era poco más de medianoche, lo cual, es cierto, es una hora muy extraña para la visita de los padres, pero las clases comienzan a las ocho de la tarde y terminan a las tres de la madrugada. Visto de un modo superficial, parecería más lógico recibir a los padres a las ocho de la tarde o incluso una hora antes de que comiencen las clases, pero Neferet me había explicado que la idea era ayudar a los padres a aceptar el cambio de sus hijos y hacerles comprender que los días y las noches serían diferentes para ellos ya para siempre. Yo, por mi parte, decidí que otra ventaja más de fijar una hora tan intempestiva para la visita era que así se les proporcionaba a los padres una excusa para no venir sin tener que decirles a sus hijos algo así como: «Eh, ahora que te has convertido en un monstruo chupasangre, no queremos volver a tener nada que ver contigo».

Lástima que mis padres no se hubieran agarrado a esa excusa.

Suspiré y caminé más despacio, tomándome mi tiempo para seguir uno de los largos senderos que atraviesan el patio. Hacía frío, era claramente una noche del mes de noviembre. La luna estaba casi llena, y su brillante luz plateada contrastaba admirablemente con el suave reflejo amarillo de las farolas de gas del patio. Podía oír el agua de la fuente situada en medio del jardín, así que automáticamente cambié de dirección y me dirigí allí. Quizá el sereno gorgoteo del agua me ayudara a reducir el nivel de estrés... y a olvidar.

Giré lentamente en la curva que llevaba a la fuente, medio soñando con mi casi novio Erik, el superatractivo. Él no estaba en la escuela, se había marchado al certamen anual de monólogos de Shakespeare. Naturalmen-



te, para presentarse a la competición internacional de la Casa de la Noche primero había tenido que quedar finalista en nuestra escuela. Era jueves y él se había marchado el lunes anterior, pero lo echaba de menos como una loca y apenas podía esperar al domingo, cuando se suponía que volvería. Posiblemente Erik era el chico más sexi de la escuela. ¡Dios!, Erik Night era posiblemente el chico más sexi de todas las escuelas del mundo. Era alto, moreno y guapo, como una estrella de cine de los viejos tiempos, pero sin ninguna tendencia homosexual latente. Y tenía un increíble talento. Sin duda, en muy poco tiempo se sumaría al grupo de estrellas de cine vampiros de Matthew McConaughey, James Franco, Jake Gyllenhaal y Hugh Jackman, que es guapísimo para ser tan mayor. Además Erik era realmente un chico muy majo, lo cual le añadía aún más atractivo.

Así que admito que estaba tan ocupada con mis visiones de Erik como Tristán y de mí como Isolda, con la diferencia de que nuestra historia de amor tendría un final feliz, que no me di cuenta de que había más gente en el patio hasta que oí una voz masculina que me sorprendió por lo despectiva y desagradable que sonaba.

—¡No eres más que una decepción detrás de otra, Aphrodite!

Yo me quedé helada. ¿Aphrodite?

—Bastante desastre es que fueras marcada y que, en consecuencia, no pudieras ir al Chatham Hall, sobre todo después de todas las molestias que me tomé para asegurarte allí una plaza —dijo una mujer con voz fría y un tanto chillona.

—Ya lo sé, mamá, te dije que lo sentía.

Bien, era el momento de marcharme. Hubiera debido de darme la vuelta y salir a toda prisa del patio sin hacer ruido. Aphrodite era probablemente la persona a la que más detestaba de toda la escuela. De hecho, era probablemente la persona a la que más detestaba del mundo; pero escuchar a escondidas lo que sin duda era una horrible escena con sus padres estaba muy, pero que muy mal.

Así que salí de puntillas del sendero, buscando un lugar en el que esconderme o aparentar ser un arbusto ornamental y, al mismo tiempo, ver bien la escena. Aphrodite estaba sentada en un banco de piedra junto a la fuente. Sus padres estaban de pie, frente a ella. Bueno, su madre estaba de pie. Su padre caminaba nerviosamente de un lado para otro.

¡Dios!, los padres de Aphrodite tenían una pinta genial. El padre era alto y guapo; el tipo de tío que se mantiene en forma, conserva todo el pelo y luce una dentadura magnífica. Iba vestido con un traje oscuro que tenía aspecto de costar varios miles de dólares. Además me resultaba extrañamente

familiar; estaba segura de que lo había visto en la televisión o en alguna otra parte. La madre era una completa preciosidad. Quiero decir que es cierto que Aphrodite es rubia y tiene una imagen perfecta, pero su madre era una versión idéntica de ella solo más mayor, mejor vestida y con ropa más cara. Llevaba un jersey que claramente era de cachemira y un largo collar de perlas de verdad. Y cada vez que hacía un gesto con la mano, el enorme diamante con forma de pera de su anillo lanzaba un destello tan brillante y bello como su voz.

—¿Has olvidado que tu padre es el alcalde de Tulsa? —soltó la madre de Aphrodite con crueldad.

—No, no, por supuesto que no, mamá.

Pero su madre no parecía escucharla.

—Bastante nos costó inventarnos una excusa decente para explicar el hecho de que estuvieras aquí en lugar de en la costa este, preparándote para ingresar en Harvard; nos consolábamos pensando que los vampiros suelen ganar mucho dinero y alcanzar mucho poder y éxito. Esperábamos que al menos fueras excepcional en este... —la madre de Aphrodite hizo una pausa y esbozó un gesto de desagrado antes de continuar— ...en este lugar tan poco normal. Pero ahora resulta que ya no eres la líder de las Hijas Oscuras y que has sido expulsada de tu entrenamiento como alta sacerdotisa, lo cual te hace exactamente igual que el resto de la gentuza de este horrible colegio. —La madre de Aphrodite vaciló un momento, como si necesitara calmarse para poder seguir hablando. Tuve que aguzar el oído para oír sus susurros cuando añadió—: Tu comportamiento es inaceptable.

—Como siempre, has vuelto a defraudarnos —repitió su padre.

—Eso ya lo has dicho, papá —dijo Aphrodite con su típica voz de gilipollas de siempre.

Como si se tratara de la rápida lengua de una serpiente, la madre de Aphrodite alargó la mano y abofeteó en la cara a su hija tan fuerte que el ruido del golpe me sobresaltó. Hice una mueca sin querer. Esperaba que Aphrodite se levantara del banco y se tirara a matar al cuello de su madre: no en vano la llamábamos la bruja del infierno. Pero no fue así. Sencillamente, Aphrodite se llevó la mano a la mejilla y bajó la cabeza.

—No llores. Te lo he dicho muchas veces: las lágrimas son una muestra de debilidad. Haz al menos algo bien y no llores —soltó la madre.

Lentamente, Aphrodite alzó la cabeza y retiró la mano de la cara.

—No pretendía decepcionarte, madre. De verdad que lo lamento.

—Decir que lo lamentas no arregla nada —continuó la madre—. Lo que queremos es saber qué vas a hacer para recuperar tu puesto.

Yo contuve el aliento, escondida entre las sombras.

—No... no puedo hacer nada —dijo Aphrodite, cuya voz sonó de pronto inconsolable y casi infantil—. Lo eché todo a perder, Neferet me pilló. Me arrebató a las Hijas Oscuras y puso a otra persona en mi lugar. Creo que incluso está pensando en enviarme a otra Casa de la Noche.

—¡Eso ya lo sabemos! —exclamó la madre, elevando la voz y pronunciando cada palabra muy despacio y en un tono helado—. Hemos ido a hablar con Neferet antes de venir a verte. Iba a trasladarte a otra escuela, pero nosotros hemos intercedido por ti. Te quedarás aquí. Incluso tratamos de razonar con ella para que te devolviera tu puesto después de un período de castigo.

—¡Oh, madre, no!

Aphrodite parecía horrorizada, y yo la comprendía. Me imaginaba la impresión que aquellos gélidos y pretenciosos padres, con aspecto de ser perfectos, debían haber causado en nuestra alta sacerdotisa. Si Aphrodite había tenido en algún momento la más mínima posibilidad de recuperar el favor de Neferet, sus espeluznantes padres probablemente se la habrían echado a perder.

—¡Por supuesto que sí! ¿Es que acaso esperabas que nos quedáramos tranquilamente sentados mientras tú destrozas tu futuro, convirtiéndote en una vampira cualquiera en una anodina Casa de la Noche extranjera?

—Mientras tú destrozas tu vida más de lo que lo has hecho ya —añadió el padre, rectificando las palabras de la madre.

—Pero es que no se trata de que me haya castigado —dijo Aphrodite que, obviamente, trataba de controlar su propia frustración mientras razonaba con sus padres—. Lo lié todo bien liado. Y por si eso fuera poco, ha llegado una chica nueva cuyos poderes son más fuertes que los míos. Neferet no va a devolverme a las Hijas Oscuras aunque se le pase el enfado conmigo —continuó Aphrodite que, acto seguido, dijo una cosa que me dejó completamente perpleja—: Además, esa otra chica es mucho mejor líder que yo; me di cuenta en la noche de Samhain. Merece ser la jefa de las Hijas Oscuras. Yo no.

¡Dios! ¿Acaso se había congelado el infierno?

La madre de Aphrodite dio un paso hacia su hija y yo retrocedí, convencida de que iba a soltarle otra torta. Pero no la pegó. Se inclinó de modo que sus rostros quedaran a la misma altura y miró a su hija a los ojos. Desde donde yo estaba los rostros de ambas parecían tan idénticos, que casi daba miedo.

—No vuelvas a decir nunca más que alguien merece algo más que tú. Eres mi hija, y siempre merecerás lo mejor.

Entonces la madre se enderezó y se pasó una mano por los cabellos, a pesar de que ni uno solo de sus pelos se habría atrevido jamás a apartarse un milímetro de su sitio.

—Nosotros no hemos podido convencer a Neferet de que te devuelva tu puesto, así que tendrás que convencerla tú.

—Pero madre, ya te he dicho que... —comenzó a decir Aphrodite, antes de que su padre la interrumpiera.

—Si apartas a esa chica nueva de tu camino, sin duda Neferet te devolverá tu puesto.

¡Vaya mierda! La «chica nueva» era yo, claro.

—Desacredítala. Oblígala a cometer errores y asegúrate de que otra persona que no seas tú se los cuenta todos a Neferet. Es el mejor modo —afirmó la madre hablando con toda naturalidad, como si estuviera ordenándole qué ropa ponerse al día siguiente en lugar de montando un complot contra mí.

¡Joder, y nos quejábamos de la bruja del infierno!

—¡Y cuidado con lo que haces! Tu comportamiento tiene que estar más allá de toda posible duda. Quizá debieras mostrarte más comunicativa acerca de tus visiones al menos durante un tiempo —añadió el padre.

—¡Pero si lleváis años diciéndome que trate siempre de guardarme mis visiones para mí porque son mi fuente de poder!

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Un mes antes, Damien me había contado que muchos de los chicos de la escuela pensaban que Aphrodite trataba de ocultarle algunas de sus visiones a Neferet, pero todos creían que lo hacía porque detestaba a los humanos. Lo cierto era que las visiones de Aphrodite eran siempre acerca de alguna futura tragedia en la que moría algún humano. Cuando Aphrodite compartía la visión con Neferet, la alta sacerdotisa casi siempre era capaz de evitar el drama y salvar vidas. El hecho de que Aphrodite se guardara a propósito sus visiones para sí era una de las razones por las que yo había decidido que tenía que ocupar su puesto como líder de las Hijas Oscuras. Yo no estoy sedienta de poder. En realidad, ni siquiera quería el puesto. ¡Dios, pero si no tenía ni idea de qué hacer con él! Simplemente sabía que Aphrodite era una bruja y que tenía que hacer algo para detenerla. ¡Y de repente me enteraba de que algunas de las cosas horribles que había estado haciendo las había hecho simplemente porque se dejaba mangonear por sus odiosos padres! Su padre y su madre pensaban de verdad que era correcto guardar silencio acerca de una información que podía salvar vidas. ¡Y su padre era el alcalde de Tulsa! No era de extrañar que su rostro me resultara familiar. Era todo tan increíble que hasta comenzaba a dolerme la cabeza.

—¡Tus visiones no son la fuente de tu poder! —exclamó el padre—. ¿Es que nunca escuchas? Te dije que podías utilizar esas visiones para obtener poder porque la información es siempre una fuente de poder. El origen y la fuente de tus visiones es el cambio que está ocurriendo en tu cuerpo, y esa es la fuente de tu poder. Es genético, eso es todo.

—Pero se supone que es un don de la Diosa —dijo Aphrodite en voz baja. La risa de la madre sonó helada.

—¡No seas estúpida! Si de verdad existiera alguna Diosa, ¿por qué iba a darte poderes a ti? No eres más que una ridícula chiquilla propensa a cometer errores, como demuestra esta última escapadita tuya una vez más. Así que sé inteligente por una vez, Aphrodite: utiliza tus visiones para reconquistar el favor de Neferet. Pero muéstrate más humilde la próxima vez. Tienes que hacerle creer que lamentas de verdad lo ocurrido.

Apenas pude oír el susurro de Aphrodite:

—Y lo lamento de verdad.

—Esperamos que el mes que viene nos des mejores noticias.

—Sí, madre.

—Bien, ahora llévanos al vestíbulo para que podamos reunirnos con los demás.

—Por favor, ¿podría quedarme aquí un momento? No me encuentro del todo bien.

—En absoluto. ¿Qué diría la gente? —contestó la madre—. Péinate y llévanos al vestíbulo. Y compórtate como debes. ¡Ahora!

Aphrodite se levantó lentamente del banco. Mi corazón echó a galopar tan deprisa, que temí que me delatara. Me apresuré entonces a recorrer el sendero hasta llegar a la bifurcación y, una vez allí, tomé el camino de salida del patio casi corriendo.

De camino al dormitorio estuve pensando en lo que había oído. Creía que mis padres eran horribles, pero comparados con los odiosos, poderosos y monstruosos padres de Aphrodite, tenía que reconocer que, en el fondo, eran como los papás de la serie televisiva *La tribu de los Brady* (yo siempre veo las series que reponen en el canal de pago Nickelodeon). Por mucho que me costara admitirlo, lo que había visto esa noche me había hecho comprender por qué Aphrodite se comportaba como lo hacía. Quiero decir que, ¿cómo habría sido yo de no haber tenido a mi abuela Redbird para quererme, apoyarme y ayudarme a crecer durante los últimos tres años? Y había otra cosa, además. Hasta hacía muy poco tiempo mi madre había sido una madre normal. Por supuesto que estaba estresada y saturada de trabajo, pero había sido una madre para mí durante los primeros trece años de mi corta vida de casi diecisiete. Había cambiado solo después de casarse con John. Así que

había tenido una buena madre y una fantástica abuela, pero, ¿y si no las hubiera tenido?, ¿y si todo lo que hubiera vivido hubiera sido como en los últimos tres años, en los que me había sentido como una intrusa no deseada dentro de mi propia casa?

Quizá entonces hubiera salido como Aphrodite, que seguía permitiendo que sus padres controlaran su vida con la desesperada esperanza de llegar a ser suficiente para ellos algún día, de que se sintieran orgullosos de ella y, de esa forma, llegaran a amarla.

Sí, lo que oí aquella noche me hizo ver a Aphrodite con ojos completamente nuevos, pero eso no me hizo precisamente feliz.